

EL ANTIGUO RELOJ

Un día, me desperté en medio de la noche. Como tengo un espejo delante de mi cama para vestirme, me miré. Fue en ese momento cuando me percaté de algo extraño. Había una cabeza de más, sin rostro y blanca como la luna, con la mirada perdida. Dejé escapar un grito... quizás el último.

Me levanté. Estaba en mi cocina, con la cabeza sobre la encimera. El café estaba frío. Era pronto, el pastor alemán del vecino no había ladrado todavía, así que deduje que serían las ocho y media o nueve. De pronto, unos pasos lentos en el piso de arriba llamaron mi atención. Pensé que sería mi hijo despertándose.

Más tarde, fui al salón y cogí el mando. Era una casa vieja, por lo que no se veía demasiado bien la televisión, aunque siempre funcionaba. La encendí, pero no estaban dando nada.

Se puso la típica pantalla a cuadros negros y blancos. No lo entendía, porque siempre, aunque mal, funcionaba. Me quedé sentado en el frío sillón, pensando.

Entonces, recordé que mi hijo murió en un accidente de avión, hace mucho. Me estremecí y un temblor recorrió mi cuerpo. Se oyeron los pasos otra vez. Decidí ir arriba, por si era solamente el antiguo reloj que tenía guardado como recuerdo de mi hijo. Era posible que se hubiese caído algo encima y lo hubiese hecho arrancar.

Mientras subía por la escalera de madera, podía ver, a través de la pequeña ventana, que unas nubes grisáceas tapaban por completo el sol. Tan sólo una tenue luz me permitía no tropezar con los escalones.

Por fin llegué arriba. Escruté en la oscuridad el largo pasillo, en busca de movimiento o ruido. No vi nada, excepto un cristal roto y un árbol golpeando la ventana.

Mientras caminaba hacia el armario en el que guardaba el reloj, advertí que algo, al fondo del pasillo, se movía rápidamente. No sabría describirlo muy bien, pero era un destello blanco que parpadeó durante unos segundos. Me quedé paralizado unos instantes, tratando de averiguar qué fue eso. Pensé si ir a investigar la luz, o ir a buscar el reloj.

Algo me tocó la pierna, algo frío, siniestro. Miré hacia atrás, y lo único que vi fueron las escaleras y la luz proveniente de la cocina. ¿o no?

Me estaba asustando. Algo blanco y ligeramente ovalado se asomó por las escaleras, debajo de la barandilla. Parpadeé y ya no estaba. No sabía qué hacer. Caminé unos pasos. Se oyó un chirrido. Di otros pasos, esta vez más rápidos. Otro ruido. Ahora corrí.

Se oyó un golpe sordo, estaba temblando de pies a cabeza y no me podía sostener de pie. La puerta del armario donde se encontraba el reloj estaba tan solo a unos metros. Me tapé los oídos con las manos temblorosas y avancé los metros restantes. La puerta estaba justo delante. La abrí.

Al entrar, lo único que pude ver, eran un montón de trastos viejos, entre ellos, unas muñecas y el reloj. Efectivamente, se había encendido. Lo apagué y salí al pasillo. Miré hacia la izquierda, donde estaba la puerta que daba a la habitación de mi hijo. No sé por qué, pero tenía la irrefrenable necesidad de entrar. Me acerqué lo suficiente como para abrir la puerta, pero estaba cerrada, así que saqué mi manojito de llaves y probé. La segunda fue la correcta. Giré la llave, agarré el pomo, tiré, y con un agudo chirrido, se abrió. Delante de mí, apareció la misma cabeza sin rostro de mi sueño, el cual, esta vez, sería eterno.

Autor: Yago Rodríguez Pablos